

JAVIER MORO

A PRUEBA DE FUEGO

La aventura americana
de Rafael Guastavino



Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

© 2020, Javier Moro

Por la reproducción de documentos y correspondencia: © James Black

© 2020, Editorial Planeta S.A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial ESPASA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Créditos fotográficos: P. 1 ©Michael Freeman / P. 2 a) y b) Guastavino/Collins Collection Avery Library; c) MUSEO VIRTUAL DE LA OFICINA ESPAÑOLA DE PATENTES Y MARCAS / P. 3 a) © Aesa; b) ©Michael Freeman / P. 4 a) Boston Public Library, Print Department; b) ©Michael Freeman / P. 5 a) © Efe / Album; b) Cortesía del autor; c) y d) James Black / P. 6 a) © Enciclopedia Británica; b) © Archivo ABC; c) Guastavino/Collins Collection Avery Library / P. 7 a) y b) Guastavino/Collins Collection Avery Library / P. 8 a) y b) ©Michael Freeman / P. 9 a) ©Michael Freeman; b) © Felix Lipov / Shutterstock / P. 10 a) y b) Guastavino/Collins Collection Avery Library / P. 11 a) © Flickr4Jazz / Wikimedia; b) © PhoQuest / Getty Images / P. 12 a) Sepia Times/Universal Images / Getty Images; b) © Alamy / ACI / P. 13 a) ©Michael Freeman; b) Cortesía del autor / P. 14 a) Asheville-Buncombe Collection, Pack Memorial Library; b) James Black / P. 15 a) y b) Guastavino / Collins Collection Avery Library / P. 16 a) Guastavino / Collins Collection Avery Library; b) y c) Cortesía del autor.

Primera edición impresa en España: octubre de 2020

ISBN: 978-84-670-6025-6

Primera edición impresa en México: enero de 2021

ISBN: 978-607-07-7423-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPRO (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México –*Printed in Mexico*

1

Lo recuerdo en sus horas más bajas, cuando mi madre le dijo que se iba, que nos dejaba. Era la noche del 11 de mayo de 1881. Caía sobre Nueva York un chirimirí que se infiltraba en los huesos. Mi padre llegó empapado y aterido al piso donde vivíamos en la parte baja de Manhattan, cerca del puerto. Éramos los únicos españoles en ese edificio poblado de irlandeses, alemanes, rusos, polacos e italianos, familias como la nuestra que habían venido a labrarse un futuro en América. Entonces no lo sabíamos, pero ese barrio era la zona con mayor densidad de población del planeta. A esa hora tardía, los ronquidos y las toses de los vecinos se mezclaban con el chasquido de los cascos de los caballos hincándose en el barro y con las lejanas sirenas de los buques.

No podía dormir porque había visto llorar a mi madre toda la tarde; la tristeza que la embargaba, como el tiempo, no escampaba desde que habíamos desembarcado del *Ville de Marseille* una tarde soleada de abril. A través de la rendija de la puerta de nuestro cuarto, el de los niños, la vi encender el candil, cogerle a mi padre el abrigo y, antes de colgarlo en el perchero, olisquearle las solapas.

—Otra vez, Rafael... —dijo sin aspavientos—, ¿qué perfume es este?

—No pienses mal, hija.

—Ya sé que no me vas a decir con quién has estado hoy... ni yo te lo voy a pedir.

Hablaba en voz baja. Quizás para no despertarnos a mis hermanas y a mí. O quizás porque le costaba comunicar su decisión. Rara vez se encaraba con mi padre, por quien sentía un respeto reverencial. Por eso, me sorprendió cuando la escuché decir:

—Ya no me importa saber con quién te corres las juergas.

Mi padre alzó los hombros y le contestó:

—Como si no tuviera otra cosa que hacer, Paulina. —Se frotó la patilla que descendía por la cara y luego se fundía en un bigote espeso, era lo que se llevaba entonces, y se apresuró a dar explicaciones—: No he estado con nadie, mujer, solo con Fernando... Ya sabes, Fernando Miranda, el escultor valenciano. Hemos quedado en Delmonico's, allí solo admiten señoras de la *high society*, ¡y acompañadas por sus maridos! Van muy perfumadas, por eso huelo así... —Mi madre le miraba impasible, callada. Él seguía hablando—: La reunión de esta mañana con los arquitectos que conocí a través del cónsul fue un fracaso. ¡No consigo hacerme entender!

—¿Cómo te van a entender si no hablas nada de inglés? Ya te dije que este no era un país para nosotros. Mejor nos hubiera ido en La Habana.

—El futuro está aquí, Paulina, no en Cuba. —Mi padre se dejó caer en el sillón. Parecía agotado—. He estado una hora chapurreando para que me digan lo de siempre, que este tipo de bóveda de ladrillos delgados puede funcionar en España o en Italia, pero aquí lo ven fuera de lugar. ¡No entienden las ventajas! Me desespera.

—Rafael —le interrumpió mi madre, mirándole a los ojos—. Quiero volver a Barcelona.

Se hizo un largo silencio.

—¿Cómo?

—La Paqui no mejora —prosiguió ella—, y me han dicho las vecinas que está brotando una epidemia de difteria en el Bowery... Tengo miedo de que se ponga peor con

esta humedad y... y hay un vapor que zarpa dentro de dos semanas.

Gruesos lagrimones resbalaban por sus mejillas. Tenía los ojos enrojecidos, llevaba llorando desde nuestra llegada.

—Lo de Paquita no es nada, ha cogido una pulmonía, pero ya se está curando, nos lo dijo el médico.

—Tengo miedo de que recaiga, no está bien.

Hubo otro silencio largo, que mi padre rompió.

—Paquita se va a poner buena, ahora llega el verano.

De nada servía consolarla. Mi madre se quería ir por muchas razones, que yo supe más tarde, aunque la principal era que no se sentía querida por mi padre, pero eso no se atrevía a decirlo directamente.

—Rafael, es que no puedo... no puedo... —balbuceó con la respiración entrecortada.

—No me gusta verte así, Paulina.

—Ni a mí me gusta que vuelvas tan tarde. Cuando viíamos en Barcelona lo soportaba todo, pero aquí me derrumbo. Paso los días esperándote, estoy sola con los niños... y la Paqui, que no mejora, no puedo más.

—Es el principio, Paulina. Hay que darle tiempo al tiempo.

Mi padre se acercó y la abrazó, pero ella le rechazó suavemente.

—No tengo una sola amiga, y tú nunca estás —respondió, levantando la mirada—. Pensé que la vida cambiaría al venirnos aquí, pero no... Cada uno es como es, y tú no vas a cambiar nunca.

Mi padre le soltó de nuevo todo lo que le había contado cien veces, que había que tener paciencia, que se encontraban en el país de las oportunidades, que estaba seguro de que su idea de hacer edificios ignífugos iba a triunfar, que ya le habían encargado unos dibujos para una revista catalana publicada en Nueva York por un amigo de un amigo,

que vivirían con más desahogo..., pero mi madre no escuchaba. Hacía tiempo que había dejado de creerle. Qué lejos parecía la época en la que constructores, banqueros y altos funcionarios del ayuntamiento de Barcelona hacían cola para ser recibidos por don Rafael Guastavino. Hacía solo un año era todo un señor, con coche de caballos propio y rodeado de amigos engolados a los que invitaba a las inauguraciones de los edificios que él mismo diseñaba y proyectaba en las mejores zonas del Ensanche... Ahora su caída, que parecía no tener fin, nos arrastraba a todos.

Para apaciguarla, le propuso mudarse a un piso más amplio y cómodo en un barrio mejor. No lo había hecho hasta entonces porque decía que necesitaba sus ahorros para poner en marcha el negocio, pero ahora estaba dispuesto a lo que fuese con tal de mantener a la familia unida.

—No es eso, Rafael. Es que no puedo vivir aquí, no me hago con las costumbres, no hablo el idioma...

—Ni yo, pero ya lo aprenderemos.

—Me da hasta miedo salir a la calle, si a eso lo llamas calle, porque es un barrizal... Ayer unos chavales irlandeses se metieron con la italiana del quinto. Cualquiera día me pasa a mí. Necesito volver a España, Rafael... Me siento una mendiga, aquí me muero de melancolía.

—Qué cosas dices, Paulina.

Mi padre no midió bien el malestar de mi madre, lo achacó a una crisis pasajera debido a la dureza del clima y a la dificultad de integrarse en la vida neoyorquina. La mayoría de los inmigrantes tenían gente de su país de origen a quien recurrir, pero los españoles éramos muy pocos porque prácticamente todos se iban a Cuba, México o Sudamérica, así que no había suficientes compatriotas en Nueva York para hacer un barrio español donde conseguir apoyo. Según mi padre, era lo que le faltaba a mi madre, y lo que dificultaba su adaptación en un mundo en inglés. Pensó que se le pasaría.

2

Pero no conocía bien a mi madre, que en ciertas circunstancias podía ser testaruda. Cuando unos días más tarde, también de noche, mi padre llegó a casa, ella le anunció que tenía los billetes para irse en el vapor *Fénix*. Había empeñado su sortija —el único regalo que le había hecho mi padre, según dijo— en el prestamista chino de Pearl Street. Dijo que el resto del dinero venía de sus ahorrillos. Él se puso lívido: no la creía capaz de tanto arrojo, pero mi madre estaba desesperada.

—¿Tantos ahorros tenías?

—Sí, de coser... —mintió ella—. Me voy unos meses, pero te prometo que volveré. —Mi padre guardó silencio—. Trabajarás mejor sin nosotros —siguió diciéndole en tono conciliador—. Tendrás más libertad y tiempo para ti. Podrás llevar la vida que quieras.

—¿Y los niños?

—Me los llevo... ¿Los vas a cuidar tú? Si nunca estás en casa.

—Me las arreglaré, mujeres no faltan en esta ciudad.

—No sabes lo que dices. —En efecto, mi padre no sabía lo que decía—. Irnos ahora es mejor para todos, Rafael. En el fondo, somos un engorro para ti.

—No sois un engorro, sois mi familia.

—¿Quién va a prepararles las comidas, a lavarles la ropa, a... cuidarles cuando se pongan malos?

Mi padre no escuchaba. Se levantó de la silla, agarró el abrigo del perchero, preguntó dónde estaba su violín, mi

madre se lo dio y salió dando un portazo. Nunca le habíamos visto así. Debió de ir a casa de su amigo Miranda, y debió de tocar mucho el violín, porque volvió a la mañana siguiente más tranquilo, como si la noche le hubiera servido para recapacitar.

—He pasado por el prestamista y he recuperado el anillo —le dijo mi padre—. Toma, pónelo, que de tanto trajín lo vas a perder. —Ella le miró con cara de susto mientras se lo colocaba en el dedo—. Ahora enséñame los billetes.

—¿Por qué? —dijo mi madre, al borde del llanto.

—Solo quiero verlos.

Abrió el cajón de su ropa y sacó un sobre con los boletos de la travesía. Mi padre los hojeó detenidamente y apartó uno.

—Rafaelito se queda conmigo. Luego iré a recuperar el dinero de su pasaje.

Mi madre se echó a llorar. Otra vez.

—Es mi hijo del alma. ¿Cómo vas a separarle de su madre, de sus hermanas...?

—Llévate a las niñas si quieres, que son tuyas. Yo sabré ocuparme del niño.

Los tabiques eran tan finos que se oía todo: «Que son tuyas»... ¿Qué había querido decir mi padre con eso? ¿Que ellas no eran hijas de mi padre? Ellas se apellidaban Valls y yo Guastavino, pero hasta entonces nunca había sospechado que podían no ser mis hermanas, porque nunca había visto diferencia entre nosotros. Del otro lado del tabique mi madre mostró su genio, algo inusual en ella.

—¿Dices que sabes ocuparte del niño? Pero si no sabes ocuparte ni de ti, Rafael. Lo dejas todo tirado, no sabes ni dónde encontrar un par de calcetines, ¿cómo vas a ocuparte de un niño?

—Lo hice con los mayores, lo haré con Rafaelito.

Ella alzó los hombros, como si acabase de escuchar una gran estupidez.

—¿Y quién le va a zurcir la ropa? ¿Quién le va a tapar cuando se despierte de noche con frío? ¿Vas a hacerlo tú? —Él no replicó—. Déjale que venga con nosotras, te lo suplico. Solo unos meses.

Mi padre se plantó.

—No sigas —dijo, negando con la cabeza—. Rafaelito se queda conmigo.

—Un niño de esa edad necesita a su madre.

—A esa edad, lo que necesita es prepararse para la vida. Aquí podrá labrarse un porvenir, en España las cosas van de mal en peor, no hay futuro para nadie. ¿O quieres que le acaben llamando a filas dentro de nada y se convierta en carne de cañón en Cuba, o en África? —Le interrumpió una tos nerviosa, una de las que le daban cuando se sentía presionado. Luego se tranquilizó y dijo—: Paulina, vuelve a España con las niñas, si eso te devuelve la alegría; no es justo que yo te obligue a llevar una vida en la que te sientes desgraciada. Pero el niño se queda. Ya he perdido a los mayores, su madre los mandó lo más lejos que pudo para que no pudiera volverlos a ver. A Rafaelito no lo voy a perder.

La familia saltaba por los aires, nos separábamos todos. Además, me llevaba la peor parte porque me quedaba solo y mis hermanas se iban. Es más, ni siquiera sabía ya quién era yo; el «son tuyas» y el «lo hice con los mayores» me habían hundido en el desconcierto. ¿Es que tenía hermanos mayores que no conocía? ¿Qué significaba aquello? Me sentí el niño más desgraciado del mundo cuando, después de mucho insistir, la Paqui acabó confesando que sabían que ni ella ni Engracieta eran hijas de mi padre, aunque le llamasen papá. Lo sabían desde siempre. Que me hubieran mantenido en la inopia me dejó perplejo y desorientado.

A partir de aquel día y hasta la salida del barco, mi madre dejó de comer —decía que no podía tragar nada— y acabó demacrada, carcomida por el sentimiento de culpabilidad de haber dinamitado la armonía familiar.

Yo no sabía qué hacer con las piezas rotas de mi mundo, y si hoy escribo este texto, tantos años después, es porque sigo intentando recomponerlo, porque es difícil vivir sin comprender, porque es necesario encontrar un sentido a lo que nos ocurre. A veces se tarda toda una vida en emerger de las brumas del pasado y descubrir una explicación de por qué las cosas ocurrieron como ocurrieron. De momento, solo sabía que me quedaba el día solo con mi padre, y me amputaban del resto de la familia. Nos queríamos mucho mi padre y yo, quizás porque estábamos rodeados de mujeres y nos unía una especie de rara solidaridad varonil. Nunca me negaba un capricho, al contrario que mi madre, acostumbrada a apretarse el cinturón. Aunque en Barcelona no vivimos en la misma casa todo el tiempo, mi padre nos visitaba a diario. De pequeño me llevaba a jugar al parque de la Explanada o me traía un recortable o unos lápices. Siempre estuvo muy pendiente de mí. Disfrutaba viéndome dibujar. Yo siempre quería pasar más tiempo con él, pero estaba muy ocupado. Llegaba a casa por las noches, como en Nueva York, y se iba por la mañana. Si alguna vez venía a comer y se quedaba por la tarde, me enseñaba a tocar el violín, que era su gran afición. Aunque la consigna de mi madre era no molestarle, «que tiene mucha faena», nunca me regañó si le interrumpía en su quehacer; al contrario, me decía: «Ven aquí, Rafaelito, ayúdame a dibujar esta escalera». Sentado en su regazo, me sentía el más dichoso del mundo.

3

El día de junio en que zarparon seguía lloviznando, y las lágrimas de la despedida y las gotas de agua se mezclaban en nuestros rostros. Por mucho que mi madre me dijese que la separación sería solo por un tiempo breve, no me lo creía. Al abrazarme, me estrujó como si fuese un muñeco y luché todo lo que pude para disimular la congoja que me invadía. «Cuida de tu padre», me dijo. Mis hermanas procuraron animarme: «Ya verás que rápido nos seguís...». Parecían contentas de irse. Mi padre abrazó con tristeza a mi madre y le entregó un sobre con dinero.

—Toma, para los próximos meses —le dijo.

—Perdóname, Rafael.

Se dio la vuelta y enfiló la pasarela, atestada de viajeros cargados como mulas, seguida de mis hermanas. Las perdimos de vista.

Volví a casa de la mano de mi padre, sorteando charcos y manchándonos de barro porque muchas calles eran todavía de tierra; olía a estiércol y a basura. Parecíamos un par de vagabundos. A lo lejos, surgieron entre la niebla los cables de acero que soportaban la enorme estructura de hierro del puente de Brooklyn. Mi padre se quedó mirándolo.

—El mayor puente del mundo —dijo extasiado—. Mide dos kilómetros de largo y está casi acabado... ¿Te das cuenta?

Yo únicamente me daba cuenta de lo solos que nos habíamos quedado, pero mi padre, en ese momento en que se sentía golpeado por la partida de mi madre, necesitaba

confirmar las razones profundas por las que había decidido embarcarse en esta aventura americana. Su obsesión con los Estados Unidos venía de la Exposición Universal de Filadelfia de 1876, que tuvo gran repercusión en España. El proyecto que envió, «Mejora de las condiciones sanitarias en ciudades industriales», le valió la medalla de bronce del jurado y ser el único español premiado. Pero fue el interés que suscitaron sus diseños de paredes y bóvedas de doble tabique lo que le hizo ver el potencial que podía tener ese tipo de construcción en Estados Unidos, un país rico, estable y que crecía de manera asombrosa. Tenía razón. Allí donde mirabas, Nueva York era un hervidero de actividad y de innovación. Todo era enorme, los edificios, los puentes, las tiendas, la población, que se había doblado en los últimos veinte años hasta alcanzar el millón doscientas mil personas. Por todas partes se levantaban edificios y estructuras de proporciones colosales. El tren elevado gozaba de tanto éxito que estaban construyendo una cuarta línea. Sus locomotoras de vapor echando nubarrones de humo blanco por encima de la calzada se convirtieron en una estampa típica de la ciudad. En algunas calles, colgaban tantos cables entre los postes y los edificios que apenas dejaban pasar la luz.

En nuestro barrio, nos cruzamos con niños durmiendo en los soportales de las casas, descalzos. Vivían en los *tenements*, auténticos hormigueros donde se apiñaban los inmigrantes. Eran pisos interiores subdivididos por los propietarios para que cupiese el mayor número posible de gente. Periódicamente alguno de esos edificios se incendiaba y familias enteras morían calcinadas. Nuestro apartamento no formaba parte de un *tenement*; era mejor, más amplio, pero, aun así, las paredes de la escalera estaban sucias de tanto escupitajo. No había suficientes escupideras para tanto aficionado a mascar tabaco, una costumbre que a mi padre le repelía. A él le gustaba un buen puro habano.

Por fin llegamos a casa, pero ahora que mi madre no estaba para encender la cocina de leña, no parecía el mismo lugar que habíamos dejado unas horas antes. Sin la ropa y los cachivaches de mis hermanas, sin las maletas y los baúles que nos servían de bancos para sentarnos, el ambiente era desangelado. Mi padre lo miraba todo como si fuese la primera vez: lo que veía era el reflejo de su estado de ánimo. Se hundió en el sillón. Vi cómo se pasaba la mano por el rostro y pensé que estaba secándose alguna lágrima, y me asusté porque no le pegaba estar desmoralizado, él, que siempre desbordaba alegría y optimismo. Ver flaquear a alguien fuerte era muy perturbador para mí, de modo que me entraron ganas de llorar, pero me contuve. No podíamos hundirnos los dos, sería una catástrofe. Ese piso sin alboroto era lúgubre y lo único que se me ocurrió para olvidar que nos habíamos quedado sin familia fue entregarle su violín para que se animara un poco, porque siempre decía que la música era una manera de refugiarse de las miserias de la vida. Me sonrió y se puso a tocar el *Concierto para violín* de Vicente Martín y Soler, un paisano suyo del XVIII al que admiraba, quizás porque él también tuvo que dejar el terruño para ser reconocido en el extranjero.

—Cómo me gustaría que aprendieses a tocar algún instrumento, es bueno para la disciplina y la concentración.

Me sentía tan triste y confuso que apenas le escuchaba. Tenía nueve años y extrañaba tanto a mi madre que dolía. También echaba de menos a mis hermanas, esas cotillas que me chinchaban pero que también me lo consentían todo. Me daba cuenta de que ya no iba a ser el único niño mimado entre mujeres. Mi estatus, mi vida entera había cambiado. De pronto me encontraba solo con mi padre, al que admiraba pero que en realidad no conocía tanto.

Para distraerme, y porque debía adivinar que yo también flaqueaba, él se puso a hablarme de la vena musical

que recorría la familia. Me contó que su abuelo, Davide Giuseppe Guastavino, era aprendiz de constructor de pianos en un pueblo de Liguria, y huyó a España en 1798 cuando Napoleón disolvió la República de Génova. Se ganaba la vida en Valencia, Barcelona y Madrid como templador de claves y pianos, y profesor de música. También su tío fue pianista, e igualmente mi tío Antonio, el hermano mayor de mi padre, que llegó a ser maestro de capilla de música en la catedral de Santiago de Cuba.

—Pero yo quiero ser maestro de obras como tú —le dije.

—Tocar sirve para todo, la música también es arquitectura... —Le miré con cara de no entender, y añadió—: Arquitectura fluida.

Es curioso cómo en las familias se transmiten las vocaciones. Nunca aprendí a tocar ningún instrumento, pero, de forma muy similar a mi bisabuelo, parte de mi actividad ha consistido en diseñar y construir cajas de resonancia para la música, no en forma de pianos como mi abuelo, sino como espacios abovedados. He patentado dos sistemas para mejorar las condiciones acústicas de nuestros edificios, y estoy trabajando en un tercero.

Recuerdo que aquella primera noche solos, cuando hubo terminado el *Concierto para violín*, se dispuso a encender la cocina para calentar un guiso de pescado con patatas que nos había dejado preparado mi madre —el último de sus guisos—, pero no lo consiguió y se ofuscó. Fui yo quien llenó de astillas el fogón y les prendió fuego.

—Menos mal que te tengo a ti, Rafaelito. —Mi padre estaba desvalido. Cuando hubo terminado el plato, me dijo—: Este piso ahora se nos queda demasiado grande. Vamos a mudarnos, ¿no te parece?

Pero yo tenía la cabeza en otro sitio y, obsesionado por ese terremoto que había sacudido mi vida, necesitaba que mi padre me dijese la verdad.

—Padre, ¿por qué mis hermanas tienen un apellido distinto al mío?

—Eso es lo que te preocupa, ¿eh?

—Le dijiste a mamá que eran tuyas. ¿Acaso no son mis hermanas?

—Sí, son tus hermanas. Pero no son hijas mías, aunque las quiero como si lo fueran. —Mi padre estaba visiblemente incómodo—. A ver cómo te lo explico... Antes de que tú nacieras, tu madre estuvo casada con un señor que se llamaba Valls. Y tuvieron dos hijas, tus hermanas. Por eso llevan ese apellido.

—Ah.

—El señor se murió, conocí a tu madre y te tuvimos a ti. De modo que sí, las niñas son tus hermanas. Hermanas por parte de madre, que se dice.

—O sea... ¿medio hermanas?

—Sí.

Lo había comprendido. Pero sentirse amputado de la mitad de dos hermanas era duro de asimilar... ¿Por qué no me habían dicho nada? Quise saber la razón.

—Pues porque eras muy canijo para entenderlo —fue la respuesta de mi padre.